

UN OASIS EN CASTILLA

La verdad es, hijos míos, que viviendo en el variopinto paraíso natural de los campos que rodean nuestra ciudad, no me ha sido difícil infundir en vosotros ese amor que profesais a la naturaleza, amor que es el camino mejor para ser más humanos.

Pero ¿os habéis preguntado alguna vez como se explica que en medio de la adusted de la Tierra de Campos, de lo abrupto de las escarpadas lomas sanabresas o de las, hasta hace poco, estériles tierras del Páramo, surgiese un oasis como este de nuestra comarca benaventana, bañado cual otro edén por varios ríos y cubierto de fértil y exuberante vegetación?

Yo os lo explicaré. Cuenta la leyenda que al terminar Dios de crear la tierra posó, cansado, su mano sobre ella, quedando marcados sus cinco dedos y formando así las cinco rías gallegas... Pero muy poco antes de posarla—y esto no lo sabe casi nadie— justo a la altura de nuestra tierra, sacudió los restos de belleza que a ella se habían adherido durante su trabajo y así se formó este ubérrimo vergel que disfrutamos.

¡Vamos a comprobar tanta maravilla! Venid, cogeos de mi mano y recorramos caminos y veredas. Cada rincón nos ofrecerá una sorpresa deliciosa, cada retazo de paisaje henchirá nuestro espíritu de alegría, de esa alegría que sólo puede proporcionar la tierra de la que procedemos al herir las más sensibles notas de nuestra alma.

¿Os gusta el monte? Un pequeño paseo nos llevará hasta él. Muy cerca, bordeando por la serpenteante carretera que conduce a pueblos aún sanos como Manganeses, Morales, Santa María o Villaferrueña, nos aguarda el Mosteruelo. En él las negras, duras y sonoras encinas se retuercen, no sé si de dolor o de gozo, entre el perfume de retamas, tomillo y romero y la abrupta seriedad de grisáceas rocas que quien sabe que milenarios cataclismos hicieron brotar del fondo de la tierra.

Parémonos, aspiremos hondo, contemplad a nuestro alrededor como las errantes ovejas mordisquean aquí y allá pura belleza para que su leche sepa mejor a los retozones corderillos que, cansados de jugar, se adhieren con fruición a sus tibias ubres, mientras los aduladores perros contemplan como el pastor saca de su zurrón el pan dorado, obligándole con la fijeza de su mirada a compartirlo con ellos.

De esa leche y de la que las vacas que pastan en las praderas producen, muchas abuelas elaboran mantequillas y quesos que hoy, más industrializados, comienzan a ser famosos por toda la nación.

Venid, vamos ahora hasta la vega que a nuestros pies se extiende. Ved como los dóciles arroyos de las huertas mitigan la sed de los sembrados y como estos, agradecidos convierten en sabrosos frutos los esfuerzos de quienes los labran.

De aquí, hijos, de este mosaico de distintos verdes, saldrán esos sabrosos productos que nos dan fama: los gruesos y carnosos pimientos morrones, los

rojos, duros y sanos tomates, las judías verdes «blandas como manteca» que diría la abuela, las tiernas lechugas y rizadas escarolas.

Y en los árboles, las sanas manzanas, o esas cerezas de jugosa pulpa o las ciruelas, almibar redondo, frutas cuyo solo recuerdo logra que la boca se os haga agua. Indudablemente, no son sus productos la más pequeña maravilla de esta tierra.

Pero después de saborear estas delicias, con la boca rezumando aún frescor y dulzura, continuemos en busca de paisajes.

En nuestros ríos, ríos para todos los gustos, ríos serios, como el Esla, el Orbigo o el Tera, o ríos pequeñitos, mini-ríos, como los canales y la ría, encontramos remansos deliciosos donde los flexibles sauces llorones acarician, apenas sin tocarlas, con sus desmayados brazos las aguas. Mientras, los rígidos y orgullosos olmos contemplan desde la otra orilla sus llantos con desprecio y cuchichean entre sí algo que solo el viento entiende. A uno y otro lado se apiñan juncos y humeros a mirarse en el espejo terso de las aguas.

Estas, al saltar las presas que la retienen, juguetean cantarinas, como muchachos que salieran al recreo después de una plúmbea y monótona clase.

Son ríos cargados un día de sabrosas truchas, de serios barbos, de finas tencas o sencillas bogas. Regatos donde se escondían la acoradada delicia de los cangrejos, alegría de paellas y guisotes. Charcas en las que las ranas charlatanas parecen anunciar las excelencias de sus tiernas ancas.

Aunque la mano del hombre ha emponzoñado parte de los ríos, parece que ya vamos tomando conciencia del desastre que esto supone y pronto volverán a ser sus aguas fuente de riqueza y alegría.

Si a la pesca añadís las saltarinas liebres, los tímidos conejos, las perdices asustadizas y tantas otras especies con las que Dios bendijo nuestras tierras, no os extrañará que pescadores y cazadores de otras provincias tengan tanto cariño a nuestra comarca y acudan con el afán de llenar sus nasas y morrales.

Pero si lo que buscáis es una belleza austera venid, pasemos el Esla, subamos este pequeño repecho y ¡¡Ancha es Castilla!! Un mar de mieses mecidas por el viento, un horizonte de oro recortado, solo de tarde en tarde, por el vetusto campanario de una iglesia, alrededor del cual se apiña un pueblo, o la sonrisa de un árbol solitario.

Aplana el sol, las roncas cigarras no descansan y uno no puede menos de evocar los versos de Machado:

El ciego sol, la sed y la fatiga
por la terrible estepa castellana
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro— el Cid cabalga.

Y es que ha cambiado tan poco este paisaje del de aquellos aventureros siglos, que esperas ver aparecer a un tropel de caballeros, con las armas brillando al sol, por cualquiera de los senderos que se pierden en el horizonte.

¡Recia tierra de Castilla cantada por Unamuno, Azorín, Machado y tantos otros que comprender supieron tu belleza!

Muchos parajes más podría mostraros, hijos, y en cada uno de ellos encontraríais un especial encanto; ya fuera en las cristalinas aguas del río Tera, que se

hacen transparentes hasta en sus sitios más profundos para permitir ver como los peces zigzaguean alegres entre las piedras; o en las frescas y humbrosas alamedas donde los árboles forman disciplinados escuadrones como dispuestos en orden de desfile... pero no quiero cansaros demasiado. Ya tendréis tiempo de irlos descubriendo.

Ahora venid, voy a llevaros a un lugar único desde el cual podréis ver, como en un cuadro, todo lo que hasta ahora hemos ido recorriendo.

No podreis por desgracia admirar uno de los más suntuosos palacios que en España hubo, ya que desde que las huestes de Napoleón se ensañaran con él incendiándolo y saqueándolo con sed de venganza por la derrota que por estos pagos les infringimos, todos parecen haber rivalizado en contribuir a su destrucción hasta no dejar en pie más que este torreón solitario desde el cual os invito a que admireis todo lo que ante nosotros se extiende.

Observad en primer término como el travieso canal flirtea con las tierras, creando en sus abrazos fecundas islas. Luego la vega con sus huertas, surcadas por regatos y senderos. Aquí y allá el vigoroso trazo de un camino, la casa solitaria, una arboleda... Después una ancha zona de montes y de oteros, más allá aún las azuladas montañas de la sierra, y por fin, allá arriba, entre picos y dientes plomizos, recortando el fondo diafano del horizonte, el Teleno, que durante mucho tiempo nos muestra su majestad cubriéndose de armiño.

A estas horas de la tarde, hijos, cuando el astro rey lucha para no perderse el espectáculo, el horizonte se convierte en algo mágico. El sol en el esfuerzo se pone rojo de ira, se agarra con fuerza a las peñas y las nubes convirtiéndolas en joyeros que, incapaces de contener tanta riqueza, dejan escapar por doquier sus rayos y destellos.

Mientras, las mujeres de esta tierra, la más grande maravilla que posee, aprovechan para robar gran parte de esos destellos almacenándolos en sus ojos. Por eso no puede mirarselas cara a cara sin que su luz haga parpadear y sin que su fuego turbe dulcemente los corazones.

Más tarde, cuando salga la luna, algunos dirán que su virginal rubor presagia viento, pero yo sé que no, que si la luna se pone aquí muchas veces roja es de envidia de esta tierra sobre la que Dios sacudió todos los restos de belleza adheridos a su mano, antes de ir a posarla, ya cansada, en las vecinas tierras de Galicia.

Francisco Posada Marbán



Plácidos paisajes benaventanos.